

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	11
MEMORIAS DE UN PAPEL. ISABEL DE VALOIS DE VIAJE (1561) .....	17
El Año Nuevo y la casa de la reina .....	21
Otro viaje de la reina, unas semanas después .....	25
El último desplazamiento, de Toledo a Madrid.....	28
EL TRASLADO DE LA CORTE DESDE TOLEDO .....	33
Durante la primavera de 1561.....	33
Toledo y la corte <i>CIRCA</i> 1561 .....	38
La repercusión del traslado de 1561 en Toledo.....	49
Ciudad y símbolos después del traslado.....	53
La mudanza y los epistolarios de los embajadores imperiales .....	56
Angustias y experiencias aparte de esos personajes .....	65
TODO EMPEZÓ PARA MADRID EN 1561 .....	71
La increíble historia del encuadernador austriaco .....	71
Beteta, el corregidor .....	74
Madrid y su tierra .....	76
Madrid, la villa .....	78
El Ayuntamiento y los madrileños .....	82
Una fiesta de Corpus.....	84
El rey, los privilegios de Madrid y documentos hasta ahora perdidos.	86
¿Preparando la mudanza? .....	92
La mudanza .....	93
CASI LO PRIMERO QUE SE NOTÓ .....	101
Después de 1561: la presión demográfica.....	101
Hacia 1565: arbitristo urbano .....	102

La plaza y «las casas de la manzana» .....	104
La distribución de la población por la ciudad .....	110
El control de la dispersión profesional .....	113
LA ADMINISTRACIÓN DE MADRID: DOS CIUDADES EN UNA .....	119
La sala de alcaldes de casa y corte.....	120
El Concejo de Madrid.....	126
ESTIGMATIZACIÓN Y ESTRATIFICACIÓN SOCIAL	
EN EL AYUNTAMIENTO DE MADRID (HACIA 1602) .....	143
La discriminación social por razón de oficio. Los nobles cierran filas .....	146
La discriminación social por razón de oficio (octubre de 1602 en adelante) .....	152
El nuevo Ayuntamiento, sin corte, preparando el regreso de la corte.	155
LOS TRASLADOS DE 1601 Y 1606.....	163
Durante el invierno de 1601.....	163
Sin enfrentamientos: el desahucio de la oposición municipal .....	169
Cleptocracia y corrupción en el Ayuntamiento de Madrid.....	178
La vuelta de la corte (desde enero de 1606).....	183
A MODO DE INTROSPECCIÓN .....	191

## INTRODUCCIÓN

**E**ste libro que tienes entre manos, apreciado lector, es una recopilación de artículos sueltos.

Mis estudios sobre Madrid empezaron, como todo en la vida, desde la inconsciencia. Aún no sé bien por qué hice lo que hice, pero aquí están los resultados, o las consecuencias. Luego fueron pasando los años y fue madurando la capacidad científica, o lo que sea; la especialización. Siempre he indagado en los archivos con el ánimo de que fueran sus documentos los que me guiaran; no me he dedicado a forzar, callar, u omitir los que desdijeran mis hipótesis. Escribiendo e investigando sobre Madrid y su historia de los siglos XVI y XVII (sobre todo) he disfrutado lo indecible y me he ido haciendo como historiador.

En diciembre de 1979 y noviembre de 1980 respectivamente, se celebraron, en lo que aún no concebíamos como el furor autonómico, las I y II Jornadas de Estudios sobre la Provincia de Madrid. En ambas reuniones presenté unos trabajos que, vistos desde la distancia sonrojan, pero también agradan. El primero lo dediqué a «Los recibimientos que Alcalá de Henares y Madrid tributaron a Isabel de Valois tras su boda con Felipe II». El segundo a «El traslado de la capitalidad de Toledo a Madrid en 1561». Sendos textos se publicaron en las voluminosas actas de las reuniones. No pasaban de ser algo así como trabajos de curso universitarios hechos de prisa y corriendo para participar. Aunque estaba –si mal no recuerdo– en tercer y cuarto curso de la carrera, hube de meterme en la Biblioteca Nacional, creo recordar que en algún archivo y allí vi, por vez primera, a don Antonio... Don Antonio Domínguez Ortiz.

El tiempo pasa. Don José Cepeda Adán fue mi director de tesina, que al

cabo del tiempo –y con ciertas modificaciones– se publicó en el CSIC: *Felipe II, la corte y Madrid en 1561*, Madrid: 1985.

En el CSIC conseguí una beca de Formación del Personal Investigador. Bajo la dirección de mi maestro, el profesor Juan Ignacio Gutiérrez Nieto fui haciendo la tesis doctoral. Versaba sobre las repercusiones en Madrid (ciudad y alrededores) del traslado de la corte en 1561. Salieron varios artículos y dos libros. El primero, que trataba de cuestiones agrarias que desde entonces casi no se han vuelto a investigar, lo publiqué gracias al empeño de un asesor de la Comunidad de Madrid, Andrés Reche, y llevaba por título *Hacienda real y mundo campesino en tiempos de Felipe II. Las perpetuaciones de baldíos en Madrid*, Madrid: Consejería de Agricultura de la Comunidad de Madrid, 1990.

Con otras partes de la tesis, las dedicadas plenamente a la ciudad de Madrid, tuve la fortuna de obtener en 1987 el Premio Villa de Madrid Ortega y Gasset de Ensayo y Humanidades (premios ahora ya disueltos, noviembre de 2012, por no sé qué argumentos) y se publicó otra monografía, *El nacimiento de una capital europea. Madrid entre 1561 y 1606*, Madrid: Turner-Ayuntamiento de Madrid, 1989.

Entre medias edité algún que otro trabajo marcadamente social sobre el Madrid del Siglo de Oro y me sospecho que, con las directrices de Gutiérrez Nieto y el ambiente científico del CSIC, tenían poco que ver con lo que se venía haciendo sobre historia urbana.

Siguieron los años y gracias a las convocatorias de proyectos de investigación de la Comunidad de Madrid (desde hace años también reformados de aquella manera) pude ir organizando un discreto, pero animoso equipo de jóvenes estudiantes con los que se fueron transcribiendo las actas del Ayuntamiento de Madrid, se trabajó denodadamente en el Archivo de Protocolos, se escribieron tesis doctorales, publicamos cosas en equipo. Creo que no supe o no pude (o me impidieron) conseguir para ellos asiento en el CSIC y fueron desapareciendo. Lo que podría haber sido un equipo de investigación cohesionado, se esfumó. Y con ello, muchas ilusiones. Y vuelta a empezar.

Desde mis principios como investigador me he ido haciendo en los métodos de la historia local, de la historia urbana. He intentado, siempre, siempre, huir de la tradicional historia madrileñista con fuerte dependencia de las fábulas, leyendas y falta de espíritu crítico del siglo XIX.

También he abominado de esa otra historia fantasiosa e interpretativa a la violeta, que tiene algo de episcopal: confirmaciones del dogma, del paradigma, por doquier.

El primer trabajo que ha de hacer el historiador, es el de familiarizarse con las fuentes que maneja y entender por qué existen las que tiene delante. O por qué no existen ya las otras.

Ha de manejar la bibliografía solvente, qué duda cabe. Pero siempre, desde la crítica a las causas que han originado esa bibliografía.

Debe moverse, por un lado, sobre las ascuas de la prudencia y de la humildad. Por el otro lado, con la ambición, legítima, de ir desbrozando caminos para que otros perfeccionen lo por él tratado.

Pero, insisto, no hay historiador si no hay prudencia. Tampoco lo hay si no se reconoce el trabajo de los historiadores (no de los fabulistas) que fueron antes de él.

Y para hacer historia, para historiar no es suficiente escribir cosas que cuenten los papeles viejos, sino que hay que tener una claridad epistemológica, conceptual y metodológica, de lo que se hace. Por qué se hace. Ir creándose como investigador en el CSIC y llegar a culminar la carrera científica ahí es un privilegio. A pesar de los pesares, soy orgulloso Profesor de Investigación del CSIC.

Con este volumen, Ediciones La Librería me brinda la oportunidad de recopilar varios artículos dispersos. Si las cosas fueran bien, habrá más recopilaciones. En esta primera ocasión los trabajos tratan solo de las causas y consecuencias inmediatas de las dos mudanzas de corte, la de 1561 y la de 1601-1606.

Se trata de textos de investigación en los que en un par de ocasiones me he permitido la licencia de imaginarme situaciones extrañas, la historia del papel en el que se escriben los gastos de dos viajes de Isabel de Valois y la historia de Manfredo de Viena.

Efectivamente, abre la recopilación los gastos de los movimientos de la casa de Isabel de Valois en 1561. Lo publiqué en el homenaje que las Humanidades rindieron a mi padre tras su muerte: «Memorias de un papel. Isabel de Valois de viaje (1561)», en CASTAÑER, Rosa María, y ENGUIA, José María (eds.): *In memoriam Manuel Alvar*, Archivo de Filología Aragonesa, (LIX-LX) Zaragoza: 2003-2004, pp. 1803-1815.

El segundo texto se basa fundamentalmente en «Los traslados de

corte y el Madrid de los Austrias (1561 y 1601-1606)», en MORÁN, Miguel, y GARCÍA, Bernardo J. (eds.): *El Madrid de Velázquez y Calderón. Villa y corte en el siglo XVII*, vol. I. Estudios Históricos. Madrid: Ayuntamiento de Madrid, 2001, pp. 41-60; artículo que, a su vez, debía mucho al Felipe II, la corte y Madrid en 1561 así como a *El nacimiento de una capital europea. Madrid entre 1561 y 1606*, Madrid: Turner-Ayuntamiento de Madrid, 1989.

El tercer texto fue la presentación por enésima vez de lo que ocurrió en Madrid en 1561. Pero para no morir en el sopor, o por no aburrir soberanamente al público, aquella conferencia la preparé imaginando la historia de un encuadernador austriaco trasladado a Madrid, que leía lo que contenía el tomo de las Actas del Ayuntamiento de Madrid, que le habían entregado para su restauración. Ni que decir tiene que el encuadernador nunca existió. Ni sus actos, ni sus pensamientos. La conferencia la preparé leyendo todos los acuerdos de las sesiones del Ayuntamiento de aquel frenético año. Se publicó el trabajo por vez primera bajo el título «Todo empezó en 1561», en *Torre de los Lujanes*, Madrid, n.º 61, Madrid: 2007, pp. 117-138.

El cuarto se encabeza con un «casi», «Casi lo primero que se notó» en Madrid, porque ciertamente el incremento de población (que en su caso será reconstruido con más detenimiento en otra ocasión) o los planes y ejecuciones de reforma merecían, cuando esas páginas fueron redactadas, más atención científica. La conferencia «Espacios públicos y espacios privados en la corte del Rey Católico», en *El Madrid de los Austrias. Espacios Privados. Espacios Comunes*, Madrid: Museo de San Isidro, 31 de marzo de 2005, nunca se publicó íntegramente y ahora la saco a la luz, con ciertas adaptaciones a la bibliografía más reciente. Claro que ambos, conferencia y texto, son muy deudores de «Espacios sociales en el Madrid de Felipe II», en Ciclo de Conferencias: el Madrid de Felipe II, Madrid: Ayuntamiento de Madrid, Concejalía de Cultura, Educación, Juventud y Deportes/Instituto de Estudios Madrileños, 1999, y de alguna que otra alusión a «Espacios sociales en el Madrid de los Austrias» en MORÁN, Miguel, y GARCÍA, Bernardo J. (eds.): *El Madrid de Velázquez y Calderón. Villa y corte en el siglo XVII*, vol. I. Estudios Históricos, Madrid: Ayuntamiento de Madrid, 2001, pp. 151-168.

El quinto texto recoge cómo el Ayuntamiento de Madrid se convirtió en espacio de poder apetecido desde 1561, pero también cómo había una

Sala de Alcaldes de Casa y Corte que tenía sus cosas que decir. El texto básico fue una conferencia que pronuncié en un seminario organizado por el profesor Enrique Martínez Ruiz en la Complutense, II Seminario sobre Instituciones en la Edad Moderna. El municipio. UCM, Madrid, 15 al 24 de noviembre de 1993. «Madrid: ciudad y corte» (22 de noviembre de 1993), que con el paso de los años, maduré y presenté a invitación de mi siempre admirado Jesús Bravo Lozano en el Congreso Internacional Espacios de Poder: Cortes, ciudades y villas, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid-Miraflores de la Sierra, del 4 al 5 de octubre de 2001 y cuyas actas se publicaron en 2002.

Cierran esta recopilación unos estudios refundidos procedentes de mi propia tesis, de un artículo que la ampliaba, «Los traslados de corte y el Madrid de los Austrias (1561 y 1601-1606)», en MORÁN, Miguel, y GARCÍA, Bernardo J. (eds.): *El Madrid de Velázquez y Calderón. Villa y corte en el siglo XVII*, vol. I. Estudios Históricos, Madrid: Ayuntamiento de Madrid, 2001, pp. 41-60 y, por fin, páginas e ideas que proceden de un texto al que tengo especial aprecio –entre otras cosas porque me propuso su redacción José Bonifacio Martín–, me refiero a *El cartapacio del cortesano errante*, Madrid: Imprenta Artesanal de Madrid, 2006. Por cierto, ni me compré un cartapacio en Viena, ni me tomé un café leyéndolo. Imitaba a Cervantes y su anécdota del alcaná de Toledo.

Esta ha sido una parte de la vida de un investigador que se ha dedicado a aplicar los métodos de la investigación en Historia, a la de Madrid. Los archivos por los que he andado quedan reseñados al pie de las notas, pero han sido tanto los de Madrid, cuanto los de Viena, Roma, o las colecciones de manuscritos españoles de Londres, París, Ginebra y lo que me dejó en el tintero.

En la medida de lo posible, he retocado los textos lo menos. Por ello habrá reiteraciones, o lo que se dice acá, habrá que completarlo con lo que se dice allá. Pero lo que no quería hacer era un libro nuevo.

A las personas e instituciones que han permitido la reproducción de las imágenes, mi reconocimiento.

A mis compañeros del Instituto de Estudios Madrileños, a todos y cada uno de ellos, mi admiración por su afán en mantener viva tan impresionante institución y su revista, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*.

Y por haberme permitido esta primera recopilación de textos, estoy tan agradecido a La Librería, a Miguel Tébar y a Carlos Villalón.

Alfredo Alvar Ezquerro

Desde la calle Cervantes, del barrio de las Letras de Madrid



MEMORIAS DE UN PAPEL.  
ISABEL DE VALOIS DE VIAJE (1561)

Una de las peculiaridades de la corte de la Monarquía hispánica era el del sentido trashumante de su existir. Tal fenómeno se daba con plenitud en los reinos de la Corona de Castilla, mientras que era más extraño en los de la Corona de Aragón.

El caso es que en 1561 tuvo lugar un fenómeno que, si en principio no era nuevo, las circunstancias lo hicieron anormal. Me refiero a la decisión de Felipe II de asentar las casas reales y la administración patrimonial de la Monarquía en la villa de Madrid (mayo-junio de ese año).

A diferencia de los tiempos de Carlos V, en que el Emperador no paró de ir de un lado a otro, como se puede comprobar en la obra de Foronda,<sup>1</sup> Felipe II fue un rey más sedentario, no por ninguna negligencia, sino porque su sistema de gobierno era diferente al del padre: se imponían modernidades que este ni concebiría ni comprendería.

La existencia de una estructura imperial del porte de la Monarquía hispánica, en una época en la que la presencia de la figura regia era tan estimada como necesitada, provocó un problema siempre irresoluto: el rey no podía estar en todos sus territorios y, conforme avanzó el reinado y se fueron complicando los asuntos políticos, cesaron las visitas a los reinos.

No obstante la ausencia del rey, la cuestión quedó solventada de dos formas: por un lado, de manera estructural repartiendo «reyes virtuales» por todas partes, bien en calidad de virreyes, bien en calidad de gobernadores o

---

1 FORONDA Y AGUILERA, M. de: *Estancias y viajes del emperador Carlos V*, Madrid: 1914.

lugartenientes generales, según el rango de cada territorio y, en segundo lugar, el problema se resolvió de manera coyuntural: una rarísima habilidad de pacto con las oligarquías locales, pacto muchas veces no escrito pero cimentado sobre lealtades (al rey, a la religión, a los demás territorios de la Monarquía) que permitió que el Imperio perviviera en la época preindustrial, la de las comunicaciones a pie, agua o viento. Los pactos se conseguían gracias a la circulación de la elites: casi no hay un político de aquella época, no hay un virrey o un alto servidor real que no haya hecho un *cursus honorum* espectacular, desplazándose por doquier, conociendo un sin fin de instituciones y mercedes. Acaso la excepción sea Lerma. Precisamente.

Mas, aunque cada territorio mantuviera sus formas autónomas, lo cual es innegable, lo cierto es que había una centralización administrativa, física, alrededor del rey. Donde él estuviera, estarían los órganos que coordinaban tantos territorios y tantos temas para gobernar. De superposición territorial o cultural sin interconexiones, nada; de cooperación y lealtad, todo... o frustración.

Por ello, lo que ocurrió en 1561 fue importante. No era extraño... fue siéndolo. En efecto, el rey de España tenía costumbre de pasar temporadas más o menos largas en una ciudad: si estaba en Castilla, habitualmente Valladolid, Toledo; Enrique IV sentía predilección por Segovia, por Madrid (ya que aquí había caza); Isabel, por Granada ¡cómo no!, pero también por las tierras castellanas; Carlos V por Valladolid y Toledo, aunque estuvo una docena de veces en Madrid... cazando y custodiando a Francisco I..., y así sucesivamente.

Es más, la primera vez que el príncipe Felipe se quedó solo en sus reinos, fue en 1539 y se eligió Madrid como lugar de su residencia. En efecto, el 27 de junio de 1539 Carlos V abandonó Toledo camino de Madrid. Llegó a sus inmediaciones al día siguiente y, en vez de entrar en la villa, prefirió alojarse hasta el día 13 de julio en la «casa de campo» de los Vargas, a las afueras de la localidad. Ni que decir tiene que el topónimo actual hace alusión a esa propiedad. Felipe II compró esa finca rústica para añadirla a sus cazaderos reales.

Entró en Madrid el 13 de julio y en esta ciudad estuvo hasta el 11 de noviembre en que emprendió la marcha hacia Francia en aquella memorable jornada en la que pasó el Año Nuevo con Francisco I. Al parecer,



Sofonisba Anguissola. *La reina Isabel de Valois sosteniendo el retrato de Felipe II en un camafeo*. Museo del Prado.

el 14 de julio se trasladó la casa del príncipe Felipe desde Toledo a Madrid.

En la pequeña localidad de ocio y recreo quedó el príncipe bajo la custodia de un consejo de regencia presidido por el cardenal de Toledo, habida cuenta que el niño acababa de quedar huérfano de madre.

No hace falta decirlo, solo imaginarlo: aquello no era un movimiento del príncipe, sino de toda su casa. Al parecer se trasladaron de una ciudad a otra, la capilla, el mayordomo, la cámara, la cera, cocina, botillería, despensa, el herrador, plata, alfombras, sillas, mesas, monteros, un suplicacionero, un boticario, un veedor, un despensero mayor, un comprador, un pintor, un tapicero, los pajecitos y los mozos de espuelas. Costó el traslado 9800 maravedís y se emplearon siete carretas, veinticinco acémilas y cuatro días<sup>2</sup> en la ida, en ese recorrido que hoy hacemos en menos de una hora. Cuando las carretas quedaron vacías en Madrid, volvieron a sus pueblos de origen en un solo día.<sup>3</sup> Todo el transporte estaba

2 A[rchivo] G[eneral] de S[imancas], *Casas y Sitios Reales*, leg. 33, 1.

3 Estos son los datos que nos da la fuente sobre el volumen de enseres de cada departamento de la casa del príncipe. No creo que tengan más importancia que la meramente anecdótica.